

Take me back to the rivers...

El psicoanalista, los laberintos y la fe

Antonio Aguirre Fuentes

Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis
y la Nueva Escuela Lacaniana

Venimos cuestionando —hace ya un tiempo— la relación del psicoanálisis con las condiciones políticas, elaborando y discutiendo en un espacio que nos hemos provisto: una práctica de *self-made men*. Esto, claro, remite a Lacan, que declaraba ser un auténtico «self-made man», consideración inadmisibles para los mártires del partido, los de la disciplina sin tacha. Churchill, según cuenta la versión divertida, cambiaba de partido cuando pensaba que el grupo no tenía la razón. Muy diferentes eran los héroes trotskistas: preferían morir en el caldoso de Stalin, renegando públicamente de sus razones por temor a desacreditar al socialismo. Quizá la Escuela de Lacan ha probado una convivencia distinta: no se renuncia a la razón, y se sostiene la discusión con los otros, en tanto estos siguen abiertos en su escucha.

Hicimos ejercicios de afición histórica, ensayos de estrategias y, cuándo no, intentos futuroológicos. Sosteniendo el malentendido, sin escapar de su malestar crónico, cada cual se ha hecho con sus razones. Y revisemos las preguntas: ¿qué aportan Freud, Lacan y el psicoanálisis a la filosofía?, ¿al estudio de la episteme de la época?, ¿a la crítica de los dispositivos del biopoder?, ¿al pensamiento oriental que nos llega? ¿Qué de utilidad puede haber en el psicoanálisis para la práctica política? Cada cual se reconoce en esas y otras interrogantes. Pero no vamos a escamotear la urgencia que animaba el fondo: ¿cuál es la política que puede dejar espacio para el psicoanálisis como tal? ¿Podía alguien desconocer que esta era la tarea más

desesperada? ¿No está aquí la oportunidad, para algunos, de contribuir en un esfuerzo en el que nadie los sustituirá, porque están en el puesto generacional de un presente que hará futuro? Tantas críticas al capitalismo, al consumo, a los mercados, con aire desdeñoso hacia el psicoanálisis, mirándolo solo por las pequeñas miserias, inevitables, de unos cuantos de sus operadores, de su institucionalidad mostrenca y discutible.

Hay que decir que el psicoanálisis es, quizá, la mejor manera de salir del discurso capitalista, y también, quizá, la mejor manera de no ser arrastrados a los ríos de la fe, que ya están en plena crecida, desbordándose. Recordemos el tema musical, profético, de Enigma en 1990: *Take me back to the rivers of belief... I promise you I will return*. Si no, veamos la bienal de este año en Cuenca, titulada IR PARA VOLVER, y retitulada en inglés *LEAVING TO RETURN*. Vamos, estamos yendo, hemos ido, movimiento y relación, nomadismo, «disolución de la frontera», minamamiento de las lógicas del mercado y de la temporalidad única, «pluralidad de visiones», construcción incesante, un orden aleatorio. Estos son los términos conceptuales de una escritura y una lectura, a la cual podemos llamar deleuziana, atribuible en primer término a los teóricos, curadores y críticos, que resulta que pueden ser ahora algunos de los mismos artistas, cuando han sido «masterizados» por la Universidad. El arte, el que se mostró en la bienal, y el que vimos en las muestras paralelas, que no tenían pretensiones educativas, está siempre a destiempo de la cultura. La cultura, como dice Lacan, busca siempre alisar las aristas. En la bienal somos testigos de la organización en dos tiempos: vamos y retornamos. Oscilación, péndulo, retorno. Pero el título de la bienal no es IR Y VOLVER, ni *LEAVING AND RETURN*. ¿Está desde el principio la intención de volver?, ¿se trata simplemente de flanquear un tropiezo en la vida?, ¿es puro simulacro de cambio para después reafirmar el poder benefactor que auspicio el viaje? Otra vez Lacan: un viaje de 360 grados, que nos lleva al mismo sitio inicial. Vamos para volver... ¿a dónde? La teoría crítica de la bienal nos da unas cuantas pistas. Por los caminitos laberínticos de los saberes tradicionales, la fábula, el trabajo del artesano, se va perfilando un entrelazamiento

profundo, un «orden secreto», un «proyecto educativo» —cuando creíamos que el arte tiene que aligerar el inevitable peso de la «buena educación»—, para darnos una nueva «visión del mundo». El seminario sobre la psicosis de Lacan nos explica la situación del sujeto, que sin una «vía principal», algo que sería un «Nombre del Padre» para dar un eje y una conclusión al laberinto de sentidos, yerra en realidades múltiples y precarias.

La buena nueva, el sentido reunificador, laico hasta nueva orden —pues estamos atentos al «return» espectacular que están haciendo las religiones universales cargadas de amor y guerra—, se enmarca por su inclusión del debate postcolonial y su exclusión de la lógica del mercado. Pero hay otra noticia: «la negación de la supuesta condición privilegiada del artista» y la «disolución de la frontera entre autor conceptual y físico». En verdad, lo teníamos que adivinar desde el principio. «Nueva antigüalla», «vieja novedad». Y nos acordamos de nuestra instrucción marxista: la producción es siempre social, la apropiación es privada. Para dar solución final a esto hacemos que cualquier producto pertenezca a «la sociedad», la matriz de todo, y que su administración la haga el Estado, que por supuesto es todo. ¿Literatura de horror? Nada de eso, es la justificación que dura más de un siglo y que les ha permitido a las burocracias estatistas sentirse dueñas de la vida física y mental de todo ciudadano, desde su «afortunado» nacimiento hasta su muerte. Maticemos con una broma lacaniana: el capitalismo es la explotación del hombre por el hombre, el socialismo todo lo contrario.

El psicoanálisis es un viaje sin retorno a ningún «nuevo orden», a ninguna visión del mundo. Tiene un fin, y se contenta con la «evaluación» que cada cual hace de los avatares de su vida, en los términos propios para decir que está «feliz de vivir» y ser un «bon vivant» a su manera. Esto se aleja radicalmente de la planificación del «buen vivir» que los tecnócratas estatistas, esos burdos «ingenieros del alma», predicán y quieren imponer, con un perfil ideal que no es otra cosa que su propia y ridícula imagen en el espejo.

El esfuerzo que hemos hecho no ha sido el diseño de un proyecto emancipador. No pretendemos contribuir al catálogo de las

utopías. El país de origen de los analistas es La Cosa, el objeto perdido para siempre. Judíos de la diáspora, esforzados en hacer sobrevivir el descubrimiento de Freud, no vamos a refundar otro Israel. Basta uno para concentrar el odio de los dioses oscuros. Se trata más bien de elegir aquellas comunidades políticas presentes, esos mundos de vida actual, donde un analista puede hacer la práctica de su *extimidad*: asimilado en una realidad, formalizando sus agujeros.

Guayaquil, 28 de abril de 2014.